

D. ANTONIO BENAVIDES DE LACERDA.



Nueva relacion en la qual se refiere como un caballero andaluz se enamoró de una señora natural de Palermo, por la qual tuvo una reñida pendencia, y habiéndose embarcado para España, fueron cautivos de moros, con todo lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

A vos reina Soberana,
madre de Dios pura y bella,
pido alumbreis mis sentidos,
para que mi torpe lengua
pueda referir la historia
mas peregrina y adversa
que en las humanas edades
por esquisita se cuenta.
En el pensil mas florido
que rica naturaleza
puede producir primores
de hermosura y de grandeza,
donde mostró su porder
el autor de Cielo y tierra

(que con decir, es Palermo
se dijo toda belleza)
se crió una hermosa dama,
tan preciosa que en si mesma
lleva el abono de linda,
con desgracias que le esperan.
Es su nombre y apellido
doña Maria Teresa
de Faro, Leon y Torres,
casa tan noble, que cuentan
que muy pocas en Palermo
la igualan en la nobleza.
Con ostentacion y gala
creció esta dama bella,

Y siendo de catorce años
 di-paróle una saéta
 el vendado niño ciego
 (que mas su poder ostenta
 en lo humilde, tierno y debil,
 que en el que fuerte desprecia
 sus amorosos arpones,
 resistiéndose á sus flechas,
 é inclinó su voluntad
 á un andaluz de Antequera,
 que le llaman don Antonio
 Benavides de Lacerda,
 tan singular, que en España
 es notoria su nobleza.
 Estos dos finos amantes
 se estiman con tantas veras,
 que en los dos cuerpos un alma
 con el amor se alimentan.
 Viviendo con esta union
 en que el amor los sujeta,
 quiso don Juan Piñateli,
 napolitano en inquietas
 sediciones deshacer,
 tanta union con violencia.
 Escribióle á don Antonio
 un papel en que le reta
 para el campo, y luego en él
 le dirá la causa cierta,
 que le mueve al desafio
 de aquella campal empresa.
 Admitiólo luego al punto
 su valor no dando treguas
 hasta saber el motivo
 que al napolitano mueva.
 Llegaron los dos al sitio
 señalado y sin espera
 así dijo don Antonio
 á Piñateli; ya es fuerza
 que aquí me digas la causa
 que me trae á la palestra.
 Y Piñateli responde
 con muy pronta diligencia:
 si la diré, pues es justo
 que mi dolor os refiera.
 Esa deidad que en el pecho
 colocastes por diadema
 de tu amor firme y dichoso
 es quien mueve mis empresas;

ese cielo á que yo aspiro.
 doña Maria Teresa
 de Faro, Leon y Torres
 es causa de mis dolencias:
 y así suspende el impulso
 que llevas en poseerla,
 ó los filos de mi espada
 castigaran tus ideas.
 El valiente don Antonio
 al escuchar tal respuesta,
 no hay ligre fiero de Albania
 que á su enojo igualar pueda,
 y le dice: fementido
 Piñateli ¿como intentas
 quitarme el alma que tengo
 dando vida á mis potencias?
 ¿no sabes que es corto orgullo
 el tuyo para la empresa,
 y que es imposible eso
 aunque Nápoles viniera?
 Se arroja con valentia
 con tan no vista destreza,
 que le alcanzó con un tajo,
 rompiéndole la cabeza.
 En cuyo trabado lance
 dijo Piñateli: ea,
 favor aquí de los míos,
 y seis ó siete le cercan
 que en emboscada tenia,
 los cuales con ligereza
 embisten con don Antonio
 quien esgrimiendo su diestra,
 á los primeros embistes
 uno muerto quedó en tierra.
 En este fuerte intermedio
 de accion tan infame y fea,
 un turco acaso pasaba,
 y mirando la tragedia,
 tomó la espada del muerto,
 y con invencibles fuerzas
 al lado de don Antonio
 se puso diciendo, perra,
 canalla traidora, ¿cómo
 con tan no vista insolencia
 batallais tantos con uno?
 Y partiendo con destreza,
 no quedó traidor alguno
 en el campo que no hubiera.

Reconociendo esta accion
don Antonio de Lacerda,
le dice: quien eres, hombre,
que tan bizarro te muestras?
Dijo el esclavo: yo soy
un turco, á quien las tragedias
de mi fortuna inconstante
redujo á tanta miseria
de ser esclavo en Sicilia;
pero noble en tal manera,
que si volviera á mi patria,
vasallos me obedecieran.
Este he sido y este soy,
perdonad mi osada empresa,
que solo quise servir
en accion tan baja y fea
como en la que los contrarios
ejercitaron sus fuerzas.
No respondió don Antonio
mas que decirle que fuera
á acompañarle gustoso,
advirtiéndole que era fuerza
el que los dos á sagrado
se retiraran, porque hecha
una muerte en el fracaso
quedaba por cosa cierta.
Retiráronse á un convento,
y á otro dia con presteza
supo el dueño del esclavo
que se valió con cautela
de un amigo confidente
para hacer la diligencia
del rescate y con dinero,
que la libertad tragera
como en efecto así fué
y túvola sin resistencia.
Llamó al turco don Antonio
y hablóle de esta manera:
ya estás libre noble turco,
que si anoche tu nobleza
amparo me dió en el campo,
agradeciendo finezas,
hoy te doy la libertad;
este es el auto que espresa
tu rescate, ahí le tienes:
y porque mas bien lo creas,
ya queda en el puerto nave
que te conduzca á tu tierra.

El turco de agradecido
vertia lágrimas tiernas.
y le dijo: ¡oh! quiera Alá,
que algun dia pagar pueda
beneficio tan supremo;
y que la inconstante rueda
de la fortuna se fije
solo en dichas de tu esfera.
Despidiéronse amorosos
partiendo el turco á su tierra,
y el famoso don Antonio
escribióle la tragedia
que aconteció, á la hermosa
doña María Teresa,
La escribió por estenso
todo el caso, y que si era
gustosa, la sacaria
en aquella noche mesma
por seguro de su casa,
y puesto con ligereza
en una nave española
que estaba ya de su cuenta
para hacer viaje á España
que enviase la respuesta,
pues la justicia en Palermo
que le buscase era fuerza:
y de esta suerte cesaban
tanta multitud de penas
como el corazon tenia
temeroso de perderla.
Recibió doña Maria
esta carta, y con presteza
respondióle: «amante mio,
dulce iman de mis pontencias,
ya reconoces mi afecto
el riesgo que con cautela
te ha buscado un alevoso;
y así respondo, que queda
mi amor constante esperando
el seguirte en tus tragedias.
Dios te guarde dueño mio.
Soy tuya Maria Teresa.»
Cerró el pliego y remitióle,
el cual al instante llega
á manos de don Antonio,
y en leyéndolo se apresta
para el caso, disponiendo
que se pusiese á la vela

la nave que queda dicha
 para la presente urgencia.
 Llegó la noche y resuelto
 amante fino se llega
 a la casa de su dama
 que estaba de centinela
 esperando que su amante
 como lo escribió viniera.
 El que le dijo: ¿sois vos
 doña María Teresa?
 Yo soy esposo del alma;
 quien firme amante te espera.
 Dijo don Antonio entonces:
 agradezco tus finezas,
 y así, dueño de mi vida,
 vamos que la nave espera
 para hacer viaje á España,
 que allá en mi patria Antequera
 ligarán las bendiciones
 de nuestra madre la iglesia
 nuestras finas voluntades;
 así el Dios supremo quiera
 darnos próspero viaje.
 Toda su ropa le entrega,
 marchan al puerto, y la lancha
 que de prevención espera,
 condujo á los dos amantes
 á la nave, y á la vela
 se hacen alegres, marchando
 para España con presteza.
 Pero estando en alta mar,
 aquella inconstante rueda
 que siempre devana varia
 las desdichas y tragedias,
 les redujo á tal estado
 que igual no es fácil se advierta.
 Enojóse el gran Neptuno,
 y sus espumas se elevan
 á la triste navecilla
 hasta las estrellas mismas
 y á lo profundo la abaten,
 ya entre cristales se anega,
 y zozobrando afligida
 la gente en ansiosas penas
 no podía hallar recurso
 que de algún alivio fuera.
 Corrieron esta borrasca
 tres días, sin que pudieran

los suspiros y oraciones
 suspender tan gran tormenta;
 y al cabo de ellos se hallaron
 atacados con tal fuerza
 por una nave argelina,
 que sin hacer resistencia
 fué preciso el entregarse
 ó las vidas se perdieran.
 Aquí fueron los sollozos,
 vertiendo lágrimas tiernas
 los afligidos amantes
 viendo su fortuna adversa.
 Fueron llevados á Argel,
 y así que saltan en tierra,
 los pusieron como estilan
 á los cautivos, en venta.
 A pregon, siendo vendidos,
 doña María Teresa
 se destinó para Tunez,
 que un turco de rica esfera
 le enviaba de regalo
 á un grande de aquella tierra;
 y el famoso don Antonio
 Benavides de Lacerda
 quedóse pobre cautivo
 en Argel con gran miseria.
 ¡Que pluma podrá explicar
 el dolor, angustia y pena
 que estos dos finos amantes
 sufrían en su tragedia!
 Decía doña María
 vertiendo sus ojos perlas:
 á Dios, esposo del alma;
 quien en tus trabajos fuera
 alivio, gozo y descanso,
 que los míos menos fueran!
 Respondiendo don Antonio:
 hermosa dama, Dios quiera,
 pues por mí te ves cautiva,
 que con sangre de mis venas
 consiga tu libertad
 y así cesarán mis penas.
 Y hablándose con los ojos
 dividieron con fiereza
 estos dos cuerpos y un alma
 que de amores se alimentan.
 Y en otra segunda parte
 diré lo demás que resta.

SEGUNDA PARTE.

En la que se refiere lo que pasaron en su cautiverio don Antonio Benavides y doña Maria Teresa; como llegaron con felicidad á España y se casaron con lo demás que verá el curioso lector.

Ya que en la primera parte ofrecí dar cuenta del fin que tuvo esta historia de don Antonio Lacerda quedamos en que cautivos los dos amantes se quedan, dentro de Argel don Antonio arrastrando una cadena, y á Túnez fué de regalo doña Maria Teresa. Llegó pues con el presente un turco que es quien lo lleva á un gran señor á quien iba remitida la belleza de dama tan desgraciada; y apenas el pliego entrega con el regalo ya dicho, cuando el noble turco queda absorto de la hermosura que la magestad suprema ostentando en esta dama ostentando su grandeza. Y viendo que sus dos soles estaban vertiendo perlas lamentando su desdicha, le dijo el turco no temas cristiana, pues te aseguro vienes á tu casa mesma; no pienses que como esclava estarás en mi presencia.

Respondió doña Maria; yo, señor, que piense es fuerza, soy tu esclava, pues fortuna con un vuelco de su rueda me redujo á este estado dichoso porque en el pueda servirte con mucho gusto obediente á tu grandeza. Dijo el turco: sobre hermosa, sois cristiana muy discreta. Despachó luego al instante al enviado con treinta cequies de gratitud para él solo, y otros treinta valones de rica grana y hermosas ropas de seda para su correspondal como grata recompensa del regalo recibido que estima sobre manera. Al cabo de algunos dias el turco, como se encuentra tan herido del amor, pues sus crueles saetas penetraron hasta el alma, discurría allá en su idea una ocasion oportuna con que hablarla pudiera á su adorada cautiva, á aquel cielo que venera

por imán de su alvedrio
 y norte de sus potencias,
 á aquel prodigio humanado.
 doña María Teresa,
 que triste y desconsolada
 en sus oraciones tiernas
 clamaba á la virgen pura
 diciendo de esta manera:
 madre de desamparados,
 virgen pura, hermosa y bella,
 alcanzad de vuestro hijo
 señor nuestro, me defienda
 de tantas persecuciones
 con que este turco me cerca.
 No permitais, madre mia,
 ya que cautiva me vea
 el que ofenda á vuestro hijo,
 sed mi amparo y mi defensa.
 Así suspiraba triste
 pero su amo que observa
 sus aflicciones, la dice:
 es posible, ingrata bella,
 que la tristeza en tu pecho
 tan defirme se aposenta?
 tú eres señora absoluta
 de mi alvedrio, y si fueras
 agradecida á mi amor,
 lo fueras de mis riquezas;
 pero si ingrata prosigues
 con el menosprecio, piensa
 que quien te estima soy yo,
 y si cruel tu Belleza
 no corresponde á mi amor
 y desprecias mis finezas,
 lo que no hagan mis cariños
 ha de lograrlo la fuerza.
 Mas viéndola tan constante,
 y firme hacer resistencia,
 obstinado se arrojó
 con acciones descompuestas,
 que fué preciso á la dama
 le dijese: aguarda espera,
 que si piensas que estoy sola,
 no estoy sola, no lo creas,
 que tango amante presente,
 que se pondrá en mi defensa,
 y que sabrá castigar
 demasías desatentas.

Dijo el turco: ¿cómo es eso?
 ¿pues quién en mi casa fuera
 capaz para ser tu amante,
 que tan solo yo no fuera?
 Respondióle muy briosamente
 doña María Teresa:
 quien mi corazon ocupa
 cual dueño de mis potencias
 aunque ausente, con su imagen
 haciendome esta defensa.
 Replicóle: no es posible
 si mas claro no lo muestras.
 Entonces doña Maria
 le respondió: porque veas
 que es muy cierto lo que digo,
 esta caridad lo muestra.
 ¿No has visto un pomposo árbol
 arraigado en fértil tierra,
 que el labrador ingenioso
 queriendo que el fruto sea
 á medida de su gusto,
 le acora en parte, y conciencia
 le introduce cierta rama
 de otro árbol, de manera
 que queda con él unida,
 y se vé por experiencia,
 que echa el fruto introducido
 y el de su naturaleza,
 siendo tan firme esta union
 qué inseparable se muestra?
 Pues de esta suerte yo fui
 producida de la tierra,
 llegó el amor ingenioso
 con una aguda saeta
 que me pasó el corazon
 e introducida la deja,
 con cuya especie ingirió
 distinta naturaleza
 á la mia, la cual vive
 tan patente en mis potencias,
 que sin que pierda yo el ser,
 el suyo unido se queda:
 y tambien de la amorosa
 de don Antonio de Lacerda;
 mira si estará presente
 donde estoy yo de manera
 que no puede el uno al otro
 desasirse aunque tu quieras.

El turco que a questo oyó,
 prorumpió diciendo: espera
 hermosa deidad, y dime
 qué don Antonio Lacerda
 es ese que me refieres,
 que pendiente de tu lengua
 está todo mi cuidado
 aguardando la respuesta?
 Respondió doña Maria;
 es, señor, porque lo sepas,
 un caballero andaluz,
 que es natural de Antequera,
 tan galan como un Adonis,
 discreto sobre manera,
 esforzado como el mismo
 y noble sin competencia.
 Llegó á Palermo mi patria
 y Cupido con saetas
 unió nuestros corazones
 como ya dicho te queda:
 á este tiempo un cruel traidor
 napolitano, en inquietudes
 sediciones intentó
 romper la dulce cadena
 de nuéstras dos voluntades,
 previniendo con cautela
 una embocada traidora,
 y luego al campo le reta
 para que allí descuidado
 infame muerte le dieran.
 Llegaron por fin al sitio,
 la emboscada estaba alerta,
 salen, pero un noble turco
 le defendió en la palestra,
 y con su favor y auxilio
 don Antonio se liberta.
 Quedó un muerto y un herido
 en esta fuerte refriega,
 y comprando de aquel turco
 la libertad á su espensa,
 nos embarcamos muy luego
 para España con presteza.
 Estando ya en alta mar,
 los argelinos nos cercan,
 y cautivos en su playa
 nos pusieron luego en venta.
 A mi amante le compró
 un turco de gran riqueza,

y á mi tu corresponsal,
 trayéndome á tu presencia,
 en la cual.... No digas mas,
 suspende la voz, espera,
 que no sabes los misterios
 que tus fortunas encierran;
 vive segura en que presto
 á tu amante libre veas.
 Luego al instante dió orden
 á sus criados, que fueran
 á prevenir una nave
 conducente á su grandeza.
 Hecho esto, fue llamada
 doña Maria Teresa
 por el turco, y sin decirle
 sus pensamientos ni ideas,
 ambos á dos se embarcaron
 para Argel con gran presteza.
 Llegaron pues á su puerto,
 y desembarcando en tierra,
 el turco fué y preguntó
 con eficaz diligencia
 por el que habia comprado
 á don Antonio Lacerda.
 Luego le dieron noticia,
 y sabiendo el que era,
 le visitó muy cortés,
 y despues de sus zalemas,
 le dijo: que era su empeño
 que un cautivo de Antequera
 que se llama don Antonio
 Benavides de Lacerda,
 se lo otorgase al instante
 por el precio que quisiera.
 Le respondió que gustoso
 en aquella hora mesma
 le serviria, y llaméle,
 que ocupado en su tarea
 con los demas compañeros
 estaba con mucha pena.
 Pagó luego su rescate;
 y dijo que le siguiera:
 fueron ambos donde estaba
 doña Maria Teresa,
 y al instante que se vieron
 mudas quedaron sus lenguas
 del júbilo y alegría
 que en sus corazones reina.

El turco con grande gozo
les dijo de esta manera:
ya estas libre hermosa dama,
tú y don Antonio Lacerda,
que si en Sicilia me diste
libertad con gran franqueza,
hoy en Argel yo te pago
con esa misma moneda.
Tu esposa intacta te entrego
con una nave ligera
cargada de bastimentos
y regalos de mi tierra,
para que con fin dichoso
os conduzca hasta la vuestra.
Id en paz, noble español,
y que la fortuna adversa
se reduzca solo á dichas
á vuestro arbitrio sujeta.
Don Antonio con su dama
dan al turco con ternera
repetidísimas gracias

por tan singular fineza.
Se despiden amorosos,
y echando á la nave velas,
se encomiendan á la virgen
para España dando vuelta,
cuyo viage lograron
con felicidad entera,
pues dentro de breves horas
llegan á Málaga bella,
y desde allí se pasaron
con prontitud á Antequera
donde de los suyos fueron
recibidos con gran fiesta.
Celebrosé el matrimonio,
dando á la bondad suprema
repetidísimas gracias
por el bien que les dispensa.
Y concluyendo la historia,
humilde pide el poeta
que le perdonen las faltas
que en este escrito se adviertan.

